

La nueva guerra fría.

El rearme como negocio y la subordinación de Europa.

1. La nueva guerra fría.

Hay una idea que se repite con insistencia cuando se habla de la rivalidad entre EEUU y China: que se trata de una competición entre democracia y autoritarismo, entre libertad y opresión. Es una idea reconfortante, porque sugiere que Occidente defiende los valores universales frente a un enemigo que los niega. El problema es que es una idea falsa.

La nueva guerra fría no es una competición entre dos modelos políticos, sino una competición entre dos estrategias de poder económico. China ha transformado su capacidad industrial hasta el punto de disputar a Occidente los sectores que durante décadas fueron su fortaleza. EEUU, incapaz de competir en la fabricación industrial de bienes dirigidos a las personas y bienes de equipo, se repliega en dos frentes: el control de las infraestructuras digitales y una geopolítica de rearme que, con la coartada de la seguridad, protege a élites y regímenes autoritarios mientras exige a Europa que sacrifique su gasto social.

Este ensayo analiza esa nueva guerra fría, no desde la perspectiva de la confrontación militar, sino desde la lógica del negocio y del poder. Quién gana, quién pierde y quién paga la factura, y se pregunta si Europa tiene algún papel en este tablero distinto al de simple comparsa.

2. El avance industrial de China.

China ya no es la fábrica barata del mundo, es la potencia industrial que domina los sectores estratégicos del siglo XXI. Según Moody's, China exporta el 91% de los paneles solares, el 82% de las baterías de litio y el 58% de los vehículos eléctricos del planeta. No compite por precio, sino por tecnología, calidad y capacidad de producción.

El ejemplo de los coches eléctricos es paradigmático. Volkswagen, el gigante alemán, se ha aliado con la china XPeng para desarrollar sus vehículos eléctricos. No es una alianza entre iguales, es el reconocimiento de que China ha tomado la delantera en una industria que Europa consideraba suya. Lo mismo ocurre con las baterías, los paneles solares o la maquinaria avanzada. China no solo fabrica, también diseña, innova y exporta.

EEUU observa este avance con gran inquietud. Durante décadas, basó su poder en la capacidad de innovar y fabricar. Hoy, esa capacidad se ha desplazado hacia Asia, y Washington no sabe cómo reaccionar. Su única respuesta ha sido el proteccionismo, los aranceles y la guerra tecnológica, pero el problema real no es que China haga trampa, sino que Occidente ha dejado de ser un rival serio en los mercados globales.

3. El repliegue estadounidense.

EEUU no puede competir en la fabricación de coches, electrodomésticos, paneles solares o móviles. Todo eso se fabrica en Asia, principalmente en China. ¿Dónde mantiene EEUU su dominio? En lo que no se ve, en las infraestructuras digitales.

El 70% del mercado europeo de la nube está en manos de Amazon, Microsoft y Google. Los sistemas operativos de los móviles europeos son Android o iOS. Los buscadores, las redes sociales y las plataformas de comercio electrónico dependen mayoritariamente de Silicon Valley. La soberanía digital europea es una quimera y EEUU lo sabe. Por eso se aferra a ese control como a un clavo ardiendo.

El dominio de la infraestructura digital no es solo un negocio, es una forma de poder geopolítico. Quien controla la nube controla los datos, quien controla los datos controla la información y quien controla la información controla la política. EEUU no puede competir en la fabricación de objetos, pero puede controlar las infraestructuras de las que depende el funcionamiento de esos objetos. Y a eso se aferra con uñas y dientes.

4. El rearme como coartada.

La OTAN proyecta un gasto de 1,8 billones de dólares en 2026. Europa y Canadá aumentaron su gasto en defensa en 90.000 millones de dólares en 2025 aunque se exige a los europeos que destinen el 5% de su PIB a defensa: un 3,5% a gasto militar directo y un 1,5% a infraestructuras relacionadas. Sin embargo, solo cinco de los treinta y dos miembros de la OTAN alcanzarán ese 3,5% en 2026.

El coste social es enorme. Cada euro que se dedica a armamento es un euro que no se destina a sanidad, educación, pensiones o vivienda. Los gobiernos europeos justifican el rearme con la amenaza rusa, la inestabilidad global y la necesidad de defenderse, aunque la defensa que se les exige no protege a los ciudadanos, sino los intereses de las élites que se benefician de la confrontación.

La UE ha puesto en marcha un plan de rearme que redirige el presupuesto hacia lo militar. La lógica es la misma que la española: vender humo mientras se desmantela el Estado del bienestar. Se habla de "autonomía estratégica" y de "soberanía europea", pero en la práctica se compran armas estadounidenses, se depende de la tecnología de EEUU y se subordina la política europea a los intereses de Washington.

5. Las élites que protege el imperio.

EEUU vende armas a la mayoría de las autocracias del mundo. Según un informe de Reason, 62 de las 87 autocracias del mundo compran armamento estadounidense. Veinte de las veintiuna autocracias identificadas por la CIA son clientes de la industria armamentística estadounidense. Son regímenes que oprimen a sus pueblos pero garantizan el acceso a recursos y el control de rutas estratégicas a EEUU.

La "defensa de la libertad" es la coartada para proteger a quienes niegan la libertad. EEUU no defiende la democracia en el mundo, sino sus intereses, y para ello mantiene en el poder a regímenes que le permiten explotar recursos, controlar territorios y garantizar la estabilidad de un orden global que le beneficia.

6. La trampa europea.

Europa está atrapada. No puede competir con China en fabricación, no puede independizarse de EEUU en tecnología y se le exige que invierta en defensa mientras recorta sus servicios sociales. El Plan de Rearme europeo, impulsado por la Comisión, redirige el presupuesto hacia lo militar. Los gobiernos europeos aceptan porque no tienen alternativa o porque no quieren tenerla.

La trampa es perfecta. Si Europa no invierte en defensa, EEUU la acusa de no cumplir con sus compromisos, y si invierte, recorta servicios sociales y aumenta el descontento. En ambos casos pierde. Y, mientras tanto, las Big Tech estadounidenses siguen dominando el mercado europeo, las armas estadounidenses siguen vendiéndose en Europa y la subordinación sigue profundizándose.

Según el "Servicio Europeo de Investigación Parlamentaria", la falta de coordinación en la compra de defensa europea provoca que por cada euro invertido se pierdan 44 céntimos. Es decir, Europa gasta más y obtiene menos. No hay una industria de defensa europea integrada, ni una política de defensa común, ni una estrategia autónoma. Solo compras dispersas, dependencia tecnológica y subordinación política.

7. La partidocracia europea. Gobernar para otros.

No se trata de una conspiración, sino de una lógica que se repite. Los gobiernos europeos asumen compromisos con la OTAN y con Washington que condicionan su margen de maniobra. Las decisiones sobre defensa, tecnología, energía o política exterior se adoptan en función de alianzas estratégicas, no de las necesidades de los ciudadanos.

Los canales de esa subordinación son múltiples: los lobbies de las Big Tech y de la industria armamentística en Bruselas, las puertas giratorias entre política y empresas, la financiación de partidos y fundaciones o los compromisos militares que hipotecan el gasto público. El resultado es que los gobiernos europeos actúan como correas de transmisión de intereses que no son los suyos.

En España, los ejemplos son abundantes: la compra de armamento estadounidense, la dependencia de la nube y las plataformas, el alineamiento en conflictos internacionales o la priorización del gasto militar sobre el gasto social. La partidocracia española no es una excepción, es un eslabón más de una cadena que conecta Bruselas con Washington.

El sistema de partidos se presenta como el mecanismo de representación de la voluntad popular, pero cuando las decisiones fundamentales se toman en función de intereses externos, la democracia se convierte en una farsa. Los ciudadanos votan, pero las políticas no cambian. Los gobiernos se alternan, pero la subordinación permanece. Y es que la partidocracia no es un accidente, sino el instrumento que permite que la subordinación se mantenga sin que los ciudadanos puedan cambiarla.

8. La ilusión de la soberanía.

La UE ha aprobado el Reglamento de Inteligencia Artificial, el Reglamento de Servicios Digitales y la Directiva de Plataformas. Son normas ambiciosas y bienintencionadas que buscan proteger a los ciudadanos y limitar el poder de las grandes tecnológicas, pero, sin una industria propia, esas normas no cambian la estructura del mercado. Europa regula, pero no construye, y dicta normas, pero no controla la infraestructura.

La paradoja es cruel: cuanto más regula Europa, más consolida el poder de las plataformas establecidas, porque solo ellas pueden permitirse cumplir con las normas. La soberanía digital europea es una ilusión y mientras Europa se felicita por su liderazgo regulatorio, las Big Tech siguen dominando, los datos fluyendo hacia EEUU y la dependencia creciendo.

9. Alternativas: cooperación, inversión y no alineamiento.

El dilema no estriba en elegir entre Washington o Pekín. De lo que se trata es de construir un modelo propio, de invertir en industria y tecnología en lugar de en armamento, de cooperar con el Sur Global en lugar de subordinarse a las potencias y de recuperar la capacidad de decidir sobre el propio futuro.

Europa tiene los recursos, la educación y la tradición industrial para ser un actor autónomo, pero le falta voluntad política. Una voluntad que no puede nacer de los partidos que gestionan la subordinación, sino de una ciudadanía consciente de que otro modelo es posible.

Las alternativas concretas existen: inversión pública en I+D, política industrial que priorice la fabricación de bienes que mejoren la vida de la gente, cooperación tecnológica con países que no estén alineados con ninguna de las dos potencias, no tomar partido en la nueva guerra fría y, sobre todo, transparencia y control democrático de las decisiones que hoy se toman en despachos opacos.

10. La vida sin guerra fría.

La pregunta que hemos de formular no es quién ganará la nueva guerra fría, sino quién la está librando y para qué. Y la respuesta, por ahora, es clara: la libran las élites económicas y políticas de ambos bandos, y la pagan los ciudadanos de a pie, los que ven recortados sus servicios públicos para financiar armamento, precarizado su trabajo para mantener la competitividad y destruido su planeta para alimentar una carrera industrial sin freno.

Europa tiene una oportunidad histórica para dejar de ser una comparsa en el tablero de otros y construir su propio camino, sin copiar a China ni someterse a EEUU.

Porque la nueva guerra fría no se libra en los campos de batalla, sino en los presupuestos, aranceles, normas técnicas y el control de los datos. Y en esa guerra, los ciudadanos europeos no son combatientes, son víctimas.

La única forma de dejar de serlo es recuperar la soberanía. Y eso exige algo más que votar cada cuatro años, necesita una ciudadanía consciente, organizada y dispuesta a reivindicar que sus gobiernos sirvan a los intereses de la gente y no a los de las élites que los financian.